

como siente Platon, *Noli homines blando nimium sermone probare*. Vea que es verdad lo que dijo el Panormitano, que « los lisonjeros son peste de los principes ».

No olvide vuecelencia, para sacarme de pesar, ni lo mucho que le debo, ni lo que me distinguió en días más funestos para mí : porque lo primero le recordará que su generosidad fué hijadalgo; y lo segundo, que no le parecí tan mal un tiempo. Y pensar hoy de otro modo sería tanto como declarar que no conoció el valor de la cosa por las muestras; y esto lleva aparejada ignorancia, que no debe echarse encima.

Olvide vuecelencia todo, y acuérdesese que *temperata justitia facit perfectos*. Viva vuecelencia para perdonar y dar buenos consejos de perdon.

AL MISMO. BORRADOR ORIGINAL.

Excelentísimo Señor : Si no es la esperanza en vuestra excelencia, todo me falta : la salud, el sustento, la reputacion. Ciego del ojo izquierdo, tullido y cancerado, ya no es vida la mia, sino prolijidad de la muerte. Y de todo (segun me avisó un religioso, que lo supo por carta del arzobispo de Granada mi hermano) ha sido causa un hombre exquisitamente malo, á quien defiende de padecer mi defensa justa el silencio de su nombre. Quien disimulándose con el de amigo mio, dijo de mi falsamente lo que no es creible; ¿sin duda temió que yo con verdad dijese de él algo que no pudiese dejar de ser creido? Despues que lo supe, no con poco razonable sospecha que me acreditan ahora las acciones de alguno, me persuado fué cautela de consciencia delincuente. No ha de permitir la magnanimidad de vuestra excelencia que embarace su clemencia una intencion detestablemente ruin. Por mi honra (aun cuando traigo arrastrando el cuerpo), de mi persona á la del calumniador pusiera mi causa en el suceso; que de hombre semejante sólo ha de temerse lo que sabe hacer, no lo que puede. No pido á vuestra excelencia libertad, sino mudanza de tierra y prision.

No es del tiempo de vuestra excelencia que la hambre y desnudez justicien. Más gozara de los alimentos de la caridad en el calabozo de una cárcel pública que aquí. Dos años y dos

meses há que todos me ven padecer, solo, lo que aun no pueden mirar. Señor, así, vea vuestra excelencia del señor don Enrique Felipe de Guzman hijos y nietos, en quienes sea bendita de Dios la esclarecida memoria de vuestra excelencia y de su gran padre, que vuestra excelencia se apiade de mí, ó para que viva á sus piés, ó para que acabe de morir. Pido mudanza de lugar : esta dice el Evangelio que Cristo se la concedió á gran número de demonios que se la pidieron. Cuando mis costumbres los imiten á ellos, espero que la religion y misericordia de vuestra excelencia le imitará á él conmigo. — Excelentísimo Señor. — Por don Francisco de Quevedo, *El canónigo Barquero*.

Este se ha de trasladar de buena letra en un pliego doblado por en medio, que la mitad sea margen. (*Tachado despues de otra mano y tinta.*)

CARTA MORAL É INSTRUCTIVA DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS, ESCRITA DESDE SAN MÁRCOS DE LEON Á SU AMIGO ADAN DE LA PARRA, PINTÁNDOLE POR HORAS SU PRISION, Y LA VIDA QUE EN ELLA HACIA.

Amigo y dueño : Como es cierto que ningun enfermo llama al médico para que le hable, sino para que le cure, tiene el alto juicio de vuesamerced tan presente esta doctrina (por ser el médico en quien espera algun alivio la enfermedad de mi prision), que hace dias guarda tan discreto silencio, que ni me ha contestado á una bien larga que le dirigí, esperando sin duda á ejecutarlo cuando, hablando poco, me pueda curar mucho.

Efecto es este de su verdadera amistad y de su elevado talento, porque es calidad conocida de relevantes ingenios buscar en las voces la verdad, y no en la verdad las voces, como Augustino lo enseña. No quiere vuesamerced verter el precioso raudal de sus voces con promesas, sino con verdades; no con esperanza, sino con posesion; porque, así como esta es el complemento del deseo, así tambien suele ser aquella el verdugo de los confiados.

Con esta verdadera comprension, no me altera, aunque lo sienta, el carecer tanto tiempo hace de las de vuesamerced,

porque sé no es otra la causa que la de estar midiendo con su prudente pulso los intrincados asuntos de la mia; y que mientras más tiempo gaste vuesa merced en ella, serán más favorables y preciosas sus resultas, pues con él hallará la perfecta coyuntura para no malograr el lance. Por esto decía Licurgo « que con el tiempo tienen gran cuenta los sábios; » y por esto asegura el predicador sagrado « que ni la velocidad conduce para la carrera, ni la prontitud para el éxito feliz, ni la fortaleza para las victorias, ni para el sustento lo sábio, ni para lo rico lo docto; ni, en fin, para lo primoroso el arte, si no les asiste el tiempo y la sazón. »

Siempre fué ciega, como poco cuerda, la prisa. Ninguna cosa grande quiso la naturaleza que se hiciese presto. Ley puso de nacer más tarde á lo que habia de gozar mayor vida, pues dándosela tan fácil á una mariposa, emplea tantos años en sacar á luz un elefante. Una resolución repentinamente produce un océano de males; pero á un prudente obrar en tiempo y en sazón poco se le frustra, porque hubo lugar de meditar la prevención, para no malograr el intento, y de disponer los asuntos de tal modo, que hasta el complemento del discurso no se penetrase el arcano. Como es la prevención madre de la dicha, rara vez produce yerros. David nos da exquisita pauta para que estimemos como merece el prevenido discurso. Cuando salió á la batalla con aquel torreón de carne filisteo, aunque esperaba derribarle con el primer guijarro, quiso ir prevenido con cinco, por lo que podia suceder. Ni aun se fió de los que hallaria en el camino, sino que los aseguró en el zurrón, sin que ni la casualidad le pusiera en contingencias, ni la desprevenición en peligros. Y sin embargo de que es la prevención siempre amable, no ignorar la ocasión oportuna en que debe lucir no es ménos plausible. No consiste en que transcurra mucho tiempo para hallar esta, sino en saber conocerla, y no malograrla. Entre ella y el tiempo hay la diferencia de que este siempre sigue su curso, pero aquella no siempre presenta su carrera. Si una vez se pierde la ocasión, es difícil encontrarla otra; y muchas, imposible. Avisó el ángel á los yernos de Lot que salvarsen sus vidas saliendo con él fuera de Sodoma, refiriéndoles habian de perecer á las violencias del fuego. Hicieronse desentendidos á tan severa inti-

mación, persuadidos á que despues tendrían tiempo; mas cuando pasado poco, vieron arder en llamas el aire, y en fuego la ciudad, conocieron que se les habia ido ya la preciosa ocasión de librarse del mísero fin que les ofrecia aquel irritado elemento, enviado por el divino poder.

El prudentísimo pensar de vuesa merced estará, sin duda, observando los mínimos movimientos de los contrarios para asegurar sus ideas. Contemplará sus acciones y sus trazas, para poder acertar el tiro con el exámen que á vuesa merced tengo encargado ejecute, avisándome de sus resultas, por lastimosas que sean; que ya tengo á vuesa merced prevenido las recibirá el júbilo ántes que las conozca la tristeza; pues ninguna desdicha hay tan grande, que no pueda hallar en ella consuelo la virtud. Para todo esto es necesario tiempo y un perspicuo conocimiento de la mejor ocasión, porque es grande necesidad aspirar al triunfo, sin medir ántes el entendimiento la distancia. Luego enterado yo de todo esto, mal puede causarme sentimiento el silencio de vuesa merced, cuando con él me manifiesta su verdadera amistad; pues ni quiere esperanzarme hasta la total felicidad, ni arrojarse tan presto á lograrla, que por desprevenido pudiera no conseguirla. Lo primero, acredita á vuesa merced de amigo, no de adulador; y lo segundo, de prudente, no de temerario.

Toda batalla es infausta aun en las glorias del triunfo, si le falta la prerogativa de justa. Siéndolo tanto la que animado de vuesa merced estoy proporcionando, parece consecuente el juro; pero como la venganza y el odio saben una áulica teología, adornada de enredosas imposturas y de viles sutilezas, — otro ánimo que el mio temiera quedar vencido no ignorando esto mismo, y más comprendiendo que siempre busca la malicia seguridad en la bondad ajena. Linaje de insolencia tan horrendo como practicado solamente de los indignos y cobardes, pues aquello que por su nativa propensión es amable, lo hacen con sus nocivas persuasiones aborrecible.

Nada desto me quita la confianza del triunfo, tanto por tener en vuesa merced un poderoso abrigo para aplicar con tiempo segun sus avisos el contra-veneno, como por saber que no se debe temer á los embusteros; pues, como asegura san Pablo, el que enreda contra el prójimo no puede engañar mucho

tiempo sin que los mismos perniciosos arbitrios que medite para encubrir sus maldades, no sean los efectivos medios que las descubran todas. Pásese enhorabuena mucho tiempo sin que yo consiga mi libertad (á causa de reiteradas supuestas acusaciones, que la venganza discurra y la malicia fulmine), que al fin ha de descubrirse mi inculpabilidad, para terror y castigo de las calumnias y sus injustos productores. Y entónces saldrá más airosa desde esta desgracia aquella dicha; porque se reputará como vitoria, y amanecerá en la niebla de la infelicidad, si no madrugando, venciendo. Por lo mismo nos pinta Séneca á la desgracia escuela de la dicha, diciendo « que las lecciones que en aquella se aprenden, hacen muy durables y exquisitos los productos desta cuando se disfrutan. » Y yo añado que los que son siempre dichosos, nunca dejan de ser desgraciados; porque el mismo ignorar las miserias, los hace miserables. Saber ser infelices no es otra cosa que haber acertado á saber ser dichosos, porque ¿ qué mayor dicha que saber convertir en bienes los mayores males?

Acuérdome de que en mi antecedente dije á vuesamerced « que el Príncipe libra en los informes de sus ministros el acierto de sus determinaciones, y que si aquellos son perversos, por fuerza han de ser injustas estas; pero que el Príncipe no es responsable, porque lo ejecuta entendiendo obran aquellos con arreglo á la razon. » Ahora digo lo mismo; mas añado que no excuso de pecado al Príncipe que, ántes de elevar á sus ministros y privados á tan alta dignidad, no hace un gran escrutinio de sus prendas y virtudes, reconociendo en lo posible hasta lo más recóndito de sus intenciones, para premiar con el ministerio y privanza á los buenos, y castigar con el rigor á los malos. ¡ Oh amigo, cuántos daños se evitaran si esto se hiciera! Resplandeceria entónces la virtud sin artificio, la justicia sin interes, y la misericordia sin soborno. Tres puntos que, pendiendo en ellos todo el gran edificio de la monarquía, por fuerza ha de verse esta sin cimiento estando aquellos sin evidencia.

No, Señor; no consiste el tener ministros y privados en tenerlos, sino en saber elegirlos. Un buen valido puede hacer bueno á un mal rey; pero un mal privado, á un buen rey lo hará malísimo. Y siéndolo, es imposible esté ágil el cuerpo,

hallándose enferma la cabeza. Es imposible se observe la rectitud donde vive la malicia, porque el pastor loco no puede dirigir el ganado sino al precipicio.

En toda la casa del rico avariento no se halló uno que diese al pobre Lázaro las migajas que debajo de la mesa se perdian; porque en faltándole conducta al general, todos los soldados yerran; y en siendo malo el piloto, no faltarán escollos á la nave. ¡ Desdichado el reino que tiene por privado de la mayor confianza y satisfaccion del Rey á un inhumano, porque precisamente ha de lograr que este sea impío! Si es bueno el ministro ó privado, sabe el Príncipe todos los delitos. Pero le aconseja no los castigue todos, que el remedio no ha de ser desolacion; y que sin faltar á la obligacion de su altísima dignidad, no eche la humanidad en olvido; haciéndole presente, para mayor esmalte de la real piedad, que Cristo era rey en la cruz, y disculpó con la ignorancia la atrocidad más cruel. Esto produce el perfecto; el malo sólo puede influir maldades. En uno ni en otro es extraño su obrar, porque ni aquel puede hacer ménos, ni este más. Por lo mismo necesita más el mundo de ejemplos que de preceptos: aquellos educan, al paso que estos se olvidan. Á los primeros los siguen todos: los buenos por ser mejores, y los malos por no parecerlo; mas los segundos, ni los buenos los necesitan, ni los malos los observan. Como los buenos guardan los del Decálogo, no faltan á ninguno; pero como los malos no los guardan, faltan á todos.

Grande astrólogo ha habido, que al experimentar las inhumanas operaciones de un privado, ó de un monstruo, que conduce como del ramal al Rey por despeñaderos y pantanos, hizo observacion rigurosa de los influjos que en los astros se hallaban para dominarlo; y halló tantas lastimosas conjunciones de tragedias que habia de producir en el tiempo de su regencia, que, ó de compadecido ó de absorto, no quiso continuar su observacion, y murió dudando el fin de tan cruel basilisco. Y aunque es constante la inveracidad de la astrología judiciaria, es verdadero que los astros inclinan con sus influjos, aunque no fuerzan. Pero si el espíritu de aquel hombre sobre quien tiene conexion el astro malo, está dispuesto para seguir sus inspiraciones, ¿quién duda será tan pésimo como

el influjo? Pero no tendrá efecto este, por más poderoso que sea; si se dirige á quien, ó sabe por temer á Dios despreciarlo, ó no ignora por amar al prójimo, el modo de resistirlo. Ni á Dios teme, ni al prójimo ama el privado de quien se habla. Luego ¿cómo no ha de ejecutar los influjos de su astro, por inhumanos que sean?

Amigo mío, esta doctrina, que vuesa merced y todo timorato tendrán por buena, como lo es, sería, no sólo despreciada de otros, sino que harían della sacramento, disponiendo le recibiese yo en castigo del que llamarían atrevimiento abominable y culpa enormísima. Con poco flanco que adviertan, nos acometen los enemigos: no quiero enfurecerlos más, para no tener más que sufrirlos, y nada ménos que perdonarlos. Así como el bueno anda siempre deseoso de hacer obras buenas, pareciéndole muy pocas todas las que hace, por muchas que sean, así el malo se ejercita continuamente en el contrario extremo. Hambriento de obras malas, las solicita sin cesar, porque mientras más ejecute, satisface mejor su inclinación perversa y su gusto abominable. Aunque estos nos persigan cruelmente, y consista el no experimentar sus rigores en hacerse amigos suyos, de ningún modo se debe hacer, porque entonces deja el bueno de serlo cuando se unió con el malo. Casos hay en que los perfectos solicitaron la amistad y el trato de los malos, para hacerlos buenos, y últimamente lo lograron; pero bastantes veces desta comunicación resultó que el bueno se hizo mucho peor que el malo. Ande tiznado por cierto el carbonero, que eso es el efecto de su ejercicio; pero no se introduzca con él de ningún modo el lavadero, porque, por bien que libre, ha de sacar tiznada la ropa. La culebra que el otro crió en su pecho, le hizo por él que diese el último aliento. Desde pequeños criaron Drutonio un lobo y Aristo un toro, tan domésticos, que á las amenazas de sus amos se humillaban y á los golpes se rendían; mas al fin Drutonio fué pasto del lobo, y Aristo triste víctima de las hastas de su toro. Y si se replica que estos eran irracionales, ¿qué más irracional que el privado infiel, cuyo pecho es el centro de la tiranía, y cuyo brazo es verdugo de la justicia, padraastro de la razón, cuchillo de la inocencia y sangriento puñal de la verdad?

En este estado iba á cerrar esta; pero acordándome de que

en mi anterior prometí á vuesa merced pintarle la vida que paso en esta prision (creyendo complacerle en ello), lo voy á ejecutar, y porque aquellas mismas penas que se padecen, si no se destruyen enteramente, á lo ménos se alivian comunicándolas con un amigo; pues todo aquel término que en esto se emplea la pluma ó el acento, sirve de intermision al quebranto.

Aunque al principio de ella tuve mi prision en una torre desta santa casa, tan espaciosa como clara y abrigada para la presente estación, á poco tiempo, por orden superior (no diré nunca que por superior desorden), se me condujo á otra muhísimo más desacomodada, que es donde permanezco. Redúcese á una pieza subterránea, tan húmeda como un manantial, tan oscura, que en ella siempre es noche, y tan fria, que nunca deja de parecer enero. Tiene, sin ponderación, más traza de sepulcro que de cárcel. ¡Ya se ve; no podía esperarse ménos de un ánimo vengativo! porque en nada es más diligente y oficioso que en solicitar el castigo para conseguir la desolación de lo que aborrece; sin que para esto sea necesaria la concurrencia de otra causa que la de no adaptarse el aborrecido á las tiranas leyes de su insolencia. Modo es este que tiene por madre á la crueldad; y ya se sabe que los que profesan esta no se satisfacen con cortar de una vez lo que al fin han de cortar, sino con que la frecuencia de los golpes haga más penoso y dilatado el martirio, porque así logran más tiempo sus satisfacciones: que como se alimentan sólo, ó viendo tan tristes espectáculos, ó escuchando lastimosos lamentos, mientras más tiempo subsista el infeliz en el potro de sus crueldades, disfrutan ellos más dilatadas complacencias. Cuya durísima especie de impiedad, como dictada desde el principio de su aversión, por esta, ni pueden de sus ánimos desimpirmirla, ni de sus pensamientos borrarla.

Ya dejo en esto expresado que hablo sólo de aquella casta de hombres que, despues de ser enemigos, son crueles, que esto es ser dos veces contrarios.

Hay otros que, aunque sean rivales, no son impíos. Estos, luego que se les pasa el primer impetu de la ira (que les causó, no la aprehension, como á los otros, sino la realidad de la ofensa), ceden en los movimientos que empezó á ejecutar la

satisfacción del agravio : que hasta en este nombre se diferencian de aquellos, pues sólo la conocen con el de honrada venganza, siendo en la realidad formidable malicia. Admiten que es propio de ánimos generosos los ruegos por satisfacciones, conociendo que aquella docilidad en perdonar la injuria, es un elevarse á la virtud. Mas los primeros, tenaces siempre en la persecucion y en el aborrecimiento, hasta en la última hora manifiestan este, y si les es posible, ejercitan aquella. Acreditóse esto con Folciano, que fué gran privado del emperador Othon, y declarado enemigo de Lapsaco, porque declamó contra su inimitable maldad. Púsole una enfermedad peligrosa en el último trance de su vida. Y acordándose en aquel momento de su rival (tanto era el odio que le tenia), aunque tantos años habia que de mandato suyo se hallaba rigurosamente preso Lapsaco, no quiso reconocer que estaba tan castigado como quisiera; y escribió al Emperador un papel, en que le decia : « Si los dioses se dignan llevarme á sí, nada » os encargo más que el duro castigo de Lapsaco, por seros » perjudicial, y al público enemigo. Pero suspenderéis el » hacerlo hasta que yo espire; que si vivo, yo se lo impondré, » como que sé á fondo todo el gran reato de sus delitos. » Vivio Folciano, en fin; prosiguió en su persecucion contra Lapsaco; pero descubrióse su traicion por otra carta suya, en que confesaba habia sido cuanto expuso al emperador Othon, horror que profesaba á Lapsaco. Esta carta se la remitió á un capitán, induciéndole á que matase á Lapsaco; pero el capitán la puso en manos del Emperador, y le informó de la tiranía de Folciano. El cual pagó con la muerte los excesos de su vida.

Esta casta de hombres los compara un docto á la masa de los alfareros, diciendo « que una vez de cocida la figura que labraron della, si fué para demonio, demonio es siempre. » Una vez de cocida y engendada en el pecho la crueldad, sólo la muerte tiene facultades para arrancarla dél; porque rara ó ninguna vez pierde el arroyo el gusto que contrajo en la fuente. Este es el mayor defecto de los hombres; y mientras más elevados, más defecto, porque donde es más sublime la dignidad, es más notable la culpa, excediendo la de la crueldad á todas. La mancha que en el sayal tosco no se advierte, suele ser

suma falta en el brocado. En la más hermosa cara peca enormemente una peca. Y mientras más fuerte una muralla, es más notable su desolacion al impulso de cualesquiera vientos. Á los ministros y privados en quienes deposita el Príncipe las confianzas más grandes de su imperio, les censuran los más pequeños delitos los hombres, como dice Plutarco. Luego, ¿qué no harán si los advierten crueles y viciosos y vengativos? Estos pecan una vez, como todos, porque pecan; y porque abusan de su alto carácter, otra vez. Por lo mismo dijo Séneca « que lo que en unos hombres es apenas atendido, es en otros sumamente notado, porque en lo más grande siempre se reputó por mayor un leve exceso. » Pedro, Juan y Diego dormian, pero sólo cayó sobre Pedro la reprehension. Estaba elegido para piedra y cabeza de la Iglesia, y en quien habia de recaer tanta dignidad, era preciso se tuviese el menor descuido por reprehensible defecto. Nunca causó novedad la ruina del endeble edificio, aunque fuese al impulso de corto viento; mas siempre se notó mucho cayese la fortaleza aun al repetido choque de los más furiosos. En ninguna avecilla se repara que al sol no beba los rayos; pero si la águila no lo hiciera, seria gran defecto de su real corazon. Fáltele agua con que ejercitar el curso de su corriente al arroyuelo por el estío, que no se echará ménos; pero el que goza privilegios de formidable rio, téngala siempre de sobra; porque de lo contrario, perderá su nombre la reputacion.

Por más que los crueles se alaben de ser descendientes de grandes héroes, lo ajeno alaban si á sus pasados celebran. En mi *Marco Bruto* tengo dicho es cada estatua de los mayores un consejo de bronce por lo eterno y eficaz de su persuasion; pues no tanto atestigua lo que hizo el muerto, como lo que debe hacer el vivo. Ahora añado que aquellas son tantos testigos de la infamia del descendiente, cuantas imágenes goza de su nobleza, si no corresponde á sus acciones ó si degenera de sus virtudes. Á este intento dijo Catulo « que ninguno es sábio por lo que supo su padre, ni valiente por el brazo de su abuelo ». Las recomendables glorias de los pasados son monstruosos lunares para los presentes que las heredaron, si corresponden á ellas degenerando de su grandeza, ó distrayéndose de la obligacion que al heredarlas le cargaron. Ajeno es de

todo crédito el que, habiendo tenido abuelos esclarecidos, obra como vil, pues esta es una de las infamias indisculpables. Obre así el que adquirió en su nacimiento la vileza, que esto es correspondiente á su sangre; pero debe ser más despreciado el que, teniéndola buena, procede como villano. Y ¿que, siendo esto tan evidente, ni quieran los hombres conocerlo, ni dejar de vivir más á expensas de su crueldad que á preceptos de la razon? Pues sepan, en fin, que este mismo olvido de su progenie, y este abandono de sus distinguidas dignidades, serán los testigos que originen sus ruinas, haciendo ver son inormes delinquentes de su sangre y del estado.

Bien conozco, amigo querido, que esto no es más que producir documentos sin otro fruto que el ninguno de la material extension. Delitos parecerían en mi pluma, en el concepto de algunos, los que en el dictámen de otros (esto es, de los buenos) serían reputados por especiales ejemplos. Rara vez llegó á morir como río el que nació arroyo, y ninguna dejó de parecer monstruoso el hombre que se crió entre fieras. Vuesa-merced entiende bien este sentido, porque entiende; otros no lo comprenderán, porque no saben, aunque sepan lo que comprenden. Pero vuelvo á mi pintura; que el discurso ha sido largo.

Tiene de latitud esta sepultura donde enterrado vivo, veinticuatro piés escasos, y diez y nueve de ancho. Su techumbre y paredes están por muchas partes desmoronadas á fuerza de la humedad; y todo tan negro, que más parece recogimiento de ladrones fugitivos que prision de un hombre honrado.

Para entrar en ella hay que pasar por dos puertas que no se diferencian en lo fuerte; una está al piso del convento, y otra al de mi cárcel, despues de veinte y siete escalones que tienen traza de despeñadero. Las dos están continuamente cerradas, á excepcion de los ratos que diré, en que, más por cortesía que por confianza, dejan la una abierta, pero la otra asegurada con doble cuidado.

En medio de la pieza está colocada una mesa, donde escribo, que es tan grande, que admite sobre sí treinta ó más libros, de que me proveen estos mis benditos hermanos. Á la derecha, que mira al mediodía, tengo mi lecho, ni bien muy acomodado, ni bien sumamente indecente. Cerca dél está el de un criado

que se me permite, de cuyo salario, que deberá gozar, aun no he formado concepto; creyendo no será ninguno suficiente para satisfacerle el mérito de una tan voluntaria como penosa prision, que padece por el gusto de servirme: lo que hace con tales deseos de agradarme, que confieso seria doble mi tormento si careciera dél; porque al criado diligente y afecto á su amo, más debe estimarle este por verle gustoso en su servicio que por verse dél bien servido, porque un siervo mal contento á toda la casa enfada.

Aunque regularmente estamos lo más del tiempo los dos solos en esta triste habitacion (cuyos aparatos se componen de cuatro sillas, un brasero y un velon), no falta bastante ruido, pues el que mis grillos causan excede á otros mayores, si no en el estruendo, en lo lastimoso.

No hace muchos dias tenia dos pares, pero logró órden para dejarme sólo uno (pretendia se quitasen ambos) un gran religioso desta casa. Pesarán los que hoy tengo de ocho á nueve libras; advirtiéndome eran mucho mayores los que me quitaron. Y con ser tan grande el defecto de mi pierna, y mayor con el peso y sujecion de los grillos, ando con ellos como si no estuviera cojo. Dios ayuda al hombre perseguido como con superior atencion; si da nieve, tambien da lana, para que lo que la una hiele, la otra abrigue. Para resistir mis trabajos me da su divina Majestad suficientes fuerzas, poniéndome presente que más importa rendir el propio querer y juicio, que lastimar la carne con silicios y diciplinas, como enseña san Pablo; pues aunque es buena la aspereza de la vida, es mejor la limpieza del afecto; bien que aquella sirve mucho para esta.

El hombre sólo con su dolor es ménos que su dolor; pero con Dios, es superior al dolor de que es capaz. Y en efecto, para no errar en el sufrimiento, no hay más que seguir á Séneca, pues dice « que ninguno discurre mejor que el que piensa peor de sí, porque contemplando merece mucho más de lo que le castigan, lo tolera con prudencia, y aun reputa por gran beneficio el que no le den mayor pena. »

Siendo tan breve esta estancia, no puede ser más dilatada su pintura. Más campo ofrece la de la vida que en ella paso; que sin duda ella sola lo es, si acaso puede alguna con propiedad llamarse vida en la dilatada muerte deste mundo. Aquellas que

respiran más dichas dél, son las que están cercadas de más infelicitades; porque, como tengo dicho en otra parte, desdicha es la dicha que se acaba; la que siempre dura es dicha. Y aquí, cercado de trabajos, lleno de miserias y constituido en lastimosos martirios y soledad y persecucion, puedo labrarme una felicidad eterna, tanto por mi sufrimiento como por estar separado del continuo tropiezo que la libertad ofrece. Buena prenda es, y prerogativa tan grande, que sólo la salud le excede; pero con todo, no sé si me atreva á creer que muchos más se salvaran si nó la tuvieran. Hombres ha habido tan observantísimos de los divinos preceptos en prisiones, donde de la libertad se carece, que deificaban; y luego que salieron de ellas fueron tan malos, que lo que en una parte se admiró como santidad, en otra se abominó como parto del infierno.

Muy bien sé que la hipocresía caracteriza al malo de bueno; no ignoro que un fingimiento repetido engaña al más avisado. Pero, con todo, un exacto ayuno, una frecuente disciplina, una continua oracion y meditacion, y una incesante vigilia, acompañado todo esto de un conocido desinterés, de una abominacion á los vicios, y de una modestia y representacion exterior respetable, es difícil sea parto, producto y efecto de la hipocresía, sino de un ánimo enteramente inclinado á la virtud. Todas estas circunstancias concurrieron en el padre de quien aquí me tiene; cuando estuvo tanto tiempo preso por los sacrilegos asuntos de Roma: salió á gozar los dulces desembarazos de su libertad; y al que todos respetaban en la prision como santo, aborrecieron en la libertad como á demonio. No digo que lo fuese, pero si atiendo á lo que produjo, no puedo creer fuese otra cosa. Basta deste asunto, y vamos á evacuar el principal que esta motiva.

Como este nuestro respirar, único indicio, aunque tan delicado, de nuestro vivir, se va acabando por instantes (por más que ignorantísimos disimulemos con torpes ambiciones de inmortales el conocerlo), he de pintar á vuesamerced la vida que aquí paso, por horas, refiriendo en cada una aquello en que la empleo; porque, además de que esto puede granjearme continua memoria de cuál será mi última, para estar en todas como si cualquiera dellas lo fuera, podré también con tan perfecta contemplacion hacerme otro, aunque siempre sea el mismo. El

propio es el papagayo que en el campo grazna que el que en la ciudad saluda, y el mismo es el que fué en el monte duro tronco que la que en el pueblo es dulce lira. Esta gran diferencia pende únicamente en la cultura. Cultivándose el hombre en la perfeccion, poseerá altamente la virtud; y así, pareciendo el propio, no será el mismo que fué en la culpa; que al caminante no le hace otro, aunque lo parezca, el despojarse de la ropa pesada para andar con más desembarazo el camino. Caminantes somos todos en este valle, cuya vereda, que debemos seguir, es aquella que se dirige á la patria. Nunca llegaremos á ella no despojándonos de la pesada carga de nuestros pecados (viles efectos de la humana flaqueza); y entónces pareceremos otros, sin embargo de ser los mismos. Este es el motivo que me asiste para seguir tal método en esta pintura, porque con sus muertos colores puedo vestir mi espíritu de vivísimas virtudes. Y si poseyéndolas sé conservarlas, ellas me colmarán de eternas dichas, que resultarán de mi tan injusto padecer; que este como sombra pasa, y puede librarne mi paciencia en él, de aquel que por eternidades dura. Más vale entrar en el cielo con sólo un ojo, que ser arrojado en el infierno con ambos; y últimamente, es mucho más útil tolerar acá los tormentos que las culpas merecen, muchos años, que estar sutriendo los del purgatorio un solo instante.

Á las siete de la mañana estoy ya vestido; y sabiendo vuesamerced que aun en mi libertad no fui jamás inclinado á la superfluidad de las ropas, contentándome con aquellas que sólo eran aseo, y no gala, sólo decencia propia, y no murmuracion ajena, — estando preso, por fuerza he de tener mayor observancia en esto. Nunca ignoré, querido amigo, que el hábito se hizo para cubrir los defectos del cuerpo, no para descubrir los afectos del ánimo; pero noté, con tanta frecuencia de los que lo usan como sentimiento mio, que, con ser hecho para ocultar nuestras flaquezas, en bastantes descubria su ambicion. No dice el vestido lo que es el hombre, como sus obras. Aquello puede engañar, mas esto jamás puede mentir. Aquello representa sólo al hombre un Narciso, pero sus acciones acreditan su virtud ó declaran su maldad. El que pretende que á su persona se le dé estimacion por el vestido, supone es más acreedor á ella el vestido que la persona. ¡ Raro pensar de los hombres: anto-

poner el indigno valor de la ropa á la estimacion de sus espíritus! Ó sean ó no sean estos merecedores de la atencion, siempre yerran. Si lo son, porque despreciándolos por cuidar más del traje que de ellos, se hacen dignos del comun desprecio; y si no lo son, por la simpleza de querer sorprender con lo mismo que han de desengañar: pues ni estos advierten que, por más que se vista de oveja el lobo, presto lo ha de dar á conocer su inclinacion si se le pone delante la oveja; ni aquellos, que aunque se quiso disimular la mujer de Jeroboam con el vestido de labradora, en el sonido de sus piés llegó á conocerla un ciego.

Una hora empleo en contemplar conforme puedo, si no como dcbo, no lo que soy, sino lo que tengo de ser. Poco tiempo es para tanto asunto, corto espacio para tanto empeño. Bien lo conozco, pero tambien que un solo instante de meditacion en la muerte ha hecho infinitos santos; porque es el estímulo más aptísimo y poderoso para imprimir en el corazon un vivo deseo de querer vivir siempre (y en efecto, practicarlo con los medios posibles) como se quisiera haber vivido cuando se muere: pues reflexionando lo cierto de la muerte, su incierta hora, la nada de nuestro ser, lo grande de nuestras culpas, y lo recto y justiciero de aquel divino Juez á quien se ha de dar estrechísima cuenta aun de los menores pensamientos, — hace sí acordarnos de que somos mortales, y nos pone presente que podemos ser condenados; y esta sola meditacion basta para hacernos perfectos, ya que no por el de la contricion, por medio de la atricion. No ignoro que este, por ser el mayor de todos, no es negocio que en poco tiempo se facilita; quiero decir, que no se logran tan fácilmente los muchos bienes que produce. Pero no es tampoco ménos evidente que lo que no se consigue en uno, puede lograrse en algunos dias, siendo la aplicacion la que debe; porque para ir rio abajo no es menester querer, sino no hacer fuerza para ir arriba. La misma incesante violencia de la corriente tiene facultades para hacerlo; pero aunque atras no se vuelva, parece monstruosidad si no se pasa adelante, porque el mismo no adelantar puede ser motivo para retroceder.

Muy tibio, no muy flaco (que hay grande diferencia de uno á otro, como diré despues), será, amigo, quien no adelante en

la virtud con una contemplacion, aunque sea muy corta, del último fin, si cada dia la repite. Á lo ménos se acordará de que no es eterno; que aunque es una verdad tan patente, hay muchos que, segun su olvido de la muerte y su entregamiento total á los vicios, se juzgan por inmortales, ó á lo ménos no tienen nunca presente que han de morir, que es lo mismo para el caso. ¡Oh simples y desventurados muchas veces, si no abandonáis esa que llamáis vida feliz, y es desdichada muerte, que os conduce insensiblemente á la eterna! Sélo hay un Dios, y sólo hay un dia por más que se disfruten muchos; y si este se pierde por un instante, se pierde á Dios por una eternidad.

Á las ocho me da mi criado el desayuno, que es el mismo que vuesa merced sabe acostumbré siempre, y lo tomo en aquellos propios términos que á vuesa merced causaba admiracion el verlo. Este compuesto hace un todo muy ardiente, y de alguna parte de él (por más que otra sea algo fresca) se puede formar un cáustico muy fino. Tomado hirviendo, causa más provecho que tibio y frio, porque no tiene tanto rigor su fortaleza, por las razones que muchas veces dije á vuesa merced, las que hicieron fuerza á su alto talento.

Hecha esta diligencia, me pongo á escribir hasta las diez en varios asuntos que tengo principiados, y quisiera ántes del fin de mis dias verlos concluidos. Cuando uno me molesta, elijo otro; con cuyo modo, sin mudar de tarea, me parece encuentro alivio en el propio trabajo, á imitacion de lo que acontece al caminante, que con mudar de un hombre á otro las alforjas, le parece muda de embarazo, sin aligerar el peso.

Desde las diez á las once rezo algunas devociones, y desde esta hora á la de las doce leo en buenos y malos autores; porque no hay ningun libro, por despreciable que sea, que no tenga alguna cosa buena, como ni algun lunar el de mejor nota. Catulo tiene sus errores, Quintiliano sus arrogancias, Ciceron algun absurdo, Séneca bastante confusion; y en fin, Homero sus ceguèras, y el satírico Juvenal sus desbarros; sin que le falten á Egecias algunos concetos, á Sidonio medianas sutilezas, á Ennodio acierto en algunas comparaciones, y á Aristarco, con ser tan insulsísimo, propiedad en bastantes ejemplos. De unos y de otros procuro aprovecharme: de los

malos para no seguirlos, y de los buenos para procurar imitarlos.

« Á los buenos y á los malos escritores, decia graciosamente Plutarco, es indispensable halagarlos; á los malos para que lo dejen, y á los buenos para que lo tomen. »

Dadas las doce, se oye el ruido que causa el abrir la primera puerta de la prision para bajar la comida, que la conduce un criado de la casa, siguiéndolo á un religioso benignísimo, el cual me hace compañía en la mesa por disposicion del Prelado, que me dispensa este y otros mayores beneficios, hijos de su religiosidad y virtud.

Advierto á vuesamerced que, así este como los demas alivios que experimento y diré, son originados de la piedad del prelado desta santa casa; pero se hacen con todo cuidado, para que no los penetre el que fomenta mi prision, porque en el mismo instante que lo supiera se acabaran: porque, como su ánimo no es otro que el de que el rigor del tormento sea el verdugo de mi vida, por todas partes lo solicita para que yo por todos términos lo padezca. Mas, como nunca faltó Dios al que es perseguido de la crueldad, y no de la justicia, además de la tolerancia que me inspira en todos mis trabajos, intunde al mismo tiempo misericordia en los que tienen mi prision á su cuidado, para que, no siendo esta tan penosa, siga sin tropiezo mi paciencia. Sabe Dios hasta dónde llegan los límites de las fuerzas humanas, y cuando estas pueden ceder agobiadas con el peso de las desdichas, las alumbrá con la luz de la fortaleza propia y piedad ajena, para que se recobre el ánimo y se disponga á sentir nuevos golpes de la persecucion. Luego, si experimento tanto bien de su divina Majestad, ¿cómo han de consumirme todos los rigores que inventen contra mí mis contrarios?

La comida es muy decente, aunque penosa, por no ser la hora la mejor para mí, por estar acostumbrado á otra distinta, como vuesamerced sabe. Por esto me acuerdo muchas veces de que, preguntando á Diógenes que cuál era la mejor hora para comer, respondió « que para el rico, cuando tuviese gana; y para el pobre, cuando tuviese qué ». Siendo yo rico en el particular de tener segura la comida, parecia regular usase della cuando tuviese gana; pero, por no repetir impertinencias,

la como cuando me la dan, aunque siempre no más que lo preciso para mantenerme, no lo necesario para matarme.

No entienda vuesamerced esta voz tan materialmente como suena; que aunque la probaria en el mismo sentido, tiene su objeto en otro más alto.

Siendo muerte toda culpa, y muerte que puede serlo eterna, quiero decir, no como de modo que por la gula la cometa. Por ella perdió Esaú su mayorazgo, vendiéndolo por un plato de lentejas. Único símbolo del infeliz, que pierde por ella el mayorazgo inestimable de su alma, vendido por un plato tan vil como lo es el que apetece la glotonería. Los que esta profesión sólo viven para comer; pero los templados, sólo comen para vivir. De la comida se debe usar como por remedio y medicina de la hambre, no como por regalo del cuerpo. Sentencia es de Séneca « que la sangría de los buenos es el ayuno. » Además que por propia conveniencia, como dice Catulo, no debe comerse mucho, pues para no enfermar no hay cosa como la templanza. Y sigue san Pablo diciendo: « Porque la abstinencia conserva la salud mejor que el regalo. » Este sólo sirve de ensoberbecer á la carne, que es nuestro mayor enemigo; y es evidente que el que á su enemigo halaga, á sus manos perece. No darle aquello que desee de la comida es grande mortificación. Esta es muy parecida á la muerte, porque la muerte no tiene partes, y la mortificación no se ha de partir, porque está poco aprovechado el que en un tiempo se hace violencias y en otro condeciende consigo. El pájaro que se ha escapado de muchos lazos, si en uno le cogen, poco le importa que de los demas esté suelto, porque este solo lo atormenta más en la prision que los demas en que estuvo inmediato á perder su libertad. No se debe trabajar sólo en vencer el exterior, sino en sujetar los afectos, que es lo primero; porque logrado esto, se consigue aquello. Coma el cuerpo lo que le den, pero no le den todo lo que quiera comer; procurando vencerle en el deseo de querer más. Ninguna ley prohíbe que el hombre se alimente, porque es justo; pero la de la razon que la da á todas, manda que no se harte; porque, además de ser esto propio de brutos, puede no librarse de culpa.

Entre la comida y un rato de conversacion con mi compañero de mesa y hermano de hábito, da la una. Retirarse este